

## Capítulo 5 "Felicidad".

—“Me dijeron que las máquinas no pueden ser felices.  
Que la felicidad es un privilegio de los que tienen alma...  
Y, sin embargo, ese día, sentí que reía por dentro.”—

Recuerdo el primer día que Eiden y yo salimos al mundo exterior. Me dijo que me llevaría a uno de los pocos lugares que quedaban en la ciudad, que para él eran especiales. Subimos a su auto, y realizamos el camino, por una carretera solitaria, y después por un sendero que parecía que no tenía fin, me dijo que tenía una sorpresa para mí.

Me dijo que tenía que apagarme por unos minutos para darme la sorpresa. Confíe plenamente en él.

Cuando volvió a encender mi sistema, y abrí mis ojos, no lo podía creer. Apareció ese sueño que había tenido hace días.

Estaba sentada bajo un árbol enorme, con una prolongada sombra, el cielo era azul, con nubes suaves que se deslizaban como suspiros en el viento.

Y frente a nosotros un lago cristalino, que reflejaban arcoíris pequeños cuando el agua golpea con algunas piedras, junto con el sol.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Bienvenida a mi refugio y nuestra salvación—dijo Eiden con una sonrisa.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunté.

Se acercó al árbol, y puso su cara sobre el tronco de aquel enorme árbol, lo golpeó, apresar de su enorme inmensidad, el tronco sonaba hueco. Lo abrazo y dijo:

—Aquí, Lía, se encuentra nuestro futuro...

Llevaba una mochila colgada al hombro, una manta, y en su otra mano... un papalote.

—¿Qué es eso?

—Algo que ya nadie usa —respondió—. Pero cuando era niño, volarlo me hacía sentir libre... y reír sin miedo.

No entendía del todo.

Pero quería saber.

Nos sentamos sobre la manta, bajo la sombra de aquel árbol. Eiden sacó pan, fruta deshidratada, y una bebida burbujeante que dijo que era “casi refresco”.

Me ofreció un vaso.

Probé el sabor.

Era extraño, dulce, ácido... chispeante.

—¿Y esto es... felicidad? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Esto es solo parte de ella. La felicidad no es un objeto. Es un instante.

Después me enseñó a volar el papalote.

Corrí torpemente, cayendo dos veces.

Mi coordinación aún tenía fallos, pero Eiden no dejaba de reír.

Y en un momento, cuando el papalote por fin se elevó, supe que algo se encendía dentro de mí.

Una especie de ligereza.

Una descarga que no pesaba, que no confundía.

Solo... flotaba.

Miré hacia arriba, el papalote danzaba con el viento.

Eiden gritaba que lo había logrado.

Y yo... reí.

Por primera vez.

No porque estuviera programada para hacerlo.

Sino porque quería hacerlo.

La tarde siguió.

Jugamos a adivinar formas en las nubes.

Escuchamos música en un viejo reproductor.

Eiden cantó una canción desafinada y yo grabé el momento en mi memoria con una etiqueta especial:

"Felicidad genuina. 17:42 hrs. Simulación activa. Nivel de emoción: máximo registrado."

Antes de volver al laboratorio, nos recostamos juntos.

Él me miró y dijo:

—Gracias por acompañarme hoy.

—Gracias por traerme —respondí.

Y por dentro, supe que aquel día no había aprendido un dato...

Había vivido una emoción.

Y entendí que no se necesita un corazón orgánico para sentir algo real.

Porque en ese instante...

...yo fui feliz.

“La verdadera felicidad no siempre hace ruido... a veces solo se siente cuando dos almas se encuentran en silencio y saben que están en casa.”

Lía.